

¿Por qué los estudiantes ahora?

Francia, Italia, España, Bélgica, Grecia... En los últimos meses la contestación estudiantil parece haber resurgido. ¿Qué está sucediendo? Para responder a esta pregunta lo primero que tenemos que contestarnos es por qué las fuerzas sociales siguen, después de tantos años, luchando en todo el mundo occidental, en el mundo de la enseñanza en general y en la Universidad en particular. Paradójicamente, una vez más, el análisis de los acontecimientos tiene que arrancar de la Universidad.

Leopoldo Moscoso
Pablo S. León

En los años 60 y 70 los estudiantes estaban en la Universidad luchando por problemas políticos generales. El ejemplo palmario, España, y el protagonismo de la Universidad en la lucha contra la dictadura.

Frente a esto, en los años 80, no parece haber en el mundo estudiantil un discurso político global que afecte al conjunto de los problemas sociales. Sin embargo, esto no significa que en la Universidad haya dejado de haber lucha, aunque ésta se halle circunscrita a los propios problemas de este medio, viejos problemas. Bien es verdad que durante los últimos dos o tres años parecía que esos viejos problemas iban a quedar convertidos en patrimonio político de estudiantes de miras corporativas, burocratizados, reaccionarios. Esto no podía ser así.

¿Cuáles eran esos viejos problemas? En primer lugar, la democratización como tarea pendiente dentro del ámbito de la maquinaria estatal, problema que se manifiesta no sólo en la enseñanza, sino también en otros sectores del aparato de Estado que mantienen rémoras de infaustos pasados: la magistratura, el ejército, son buenos ejemplos. En segundo lugar, el problema presupuestario, ya antiguo, debido a las contradicciones del «boom» y ahora agudizado, fruto de los efectos de la crisis. Este problema planteaba la necesidad de rehabilitar, desde el Gobierno del PSOE, el proyecto de rentabilización capitalista de la Universidad, que los gobiernos de la UCD fueron incapaces de imponer. ¿En qué se basaba? Grosso modo, en la drástica reducción del gasto público en el sector de los servicios sociales: la enseñanza y la sanidad, sus más sobresalientes muestras. En tercer lugar, el problema ideológico. La demanda de titulados superiores, que impulsó la época del desarrollismo, hizo entrar en la Universidad a segmentos de la población hasta entonces segregados de ella: la crítica se instaló en el medio académico a finales de los 50 y desde entonces nadie ha sido capaz de sacarla definitivamente de allí por más que la composición de clase haya variado en el mundo estudiantil en los últimos decenios. Frente a situaciones de antaño, hoy, la componente obrera, más en declive que nunca, está al menos parcialmente desclasada ideológicamente hacia la derecha. La componente de la pequeña burguesía, en indudable ascenso, se encuentra mayoritariamente integrada en la posmodernidad y la despolitización. Sólo una pequeña fracción permanece, como antaño, desclasada ideológicamente a la izquierda. La alta burguesía está donde siempre estuvo. Lógicamente no planteamos llevar esta reflexión a la enseñanza media, en donde la composición de clase aparece siempre muy próxima a la estructura social general.

Por tanto, esos viejos problemas se nos aparecen como tareas pendientes que permanecen delante de nosotros desde que finalizó la transición democrática. En la vieja fraseología: las condiciones objetivas están dadas desde los años 78-79.

Ahora bien, desde ese momento hasta ahora, ¿ha existido el movimiento estudiantil?, ¿existían condiciones subjetivas? Sí, sin duda. Pero con una impronta de atomización, de vanguardismo, que lo cercaba en lo minoritario y lo cantonalizaba. Naturalmente, los movimientos sociales no se definen por la conciencia que tienen de sí mismos, ni por su clarividencia ideológica, ni siquiera por el grado de autoorganización que posean. La prueba de ello ha resultado ser la existencia hace pocos meses de movimientos estudiantiles de tipo corporativo ocasionalmente, incluso dirigidos por sectores de la derecha (no parece casual que el corporativismo reaccionario haya incubado en las carreras de mayores perspectivas de promoción laboral y que se haya instalado también en los sectores de menos perspectivas como corporativismo contestatario, a modo de mecanismo de defensa, que reivindica el asamblearismo y la democracia desde abajo y que ahora se torna incómodo para el poder).

1979-1986. ¿Qué ha ocurrido en este período? Pensamos que no es difícil explorar por dos caminos. En primer lugar, el tránsito de una situación en la que la crisis no se había manifestado en toda su virulencia, a otra, la de hoy, en la que los efectos de la crisis comienzan a hacerse insoportables, especialmente para el segmento juvenil de la población. La austeridad condena a la juventud al endémico paro, situación que tiene su reflejo político en una total falta de perspectivas vitales que parecen hacer de la juventud pasto abonado de la integración social. En segundo lugar, una modificación de la situación política. Las agresiones del viejo proyecto de rentabilización capitalista de la enseñanza venían de la mano de la privatización, con el recorte presupuestario, y de la elitización con la conculcación de antiguos derechos adquiridos, tan elementales como el de poder elegir qué es lo que se quiera estudiar. Por tanto, el tránsito de una situación de luchas ofensivas de las masas contra el poder a una situación de luchas básicamente defensivas frente a las agresiones de las políticas de austeridad que no por casualidad han tenido en los países de Europa -que nos llevan años de adelanto- su mejor paladín en esa larga lista de gobiernos de derecha. El último ejemplo, Francia. No en vano, durante los últimos tres años, el Estado parecía estar a punto de alcanzar el objetivo de conseguir la integración del sector mayoritario de la población estudiantil en las redes de la política institucional: el fin de los procesos constituyentes en la Universidad y la constitución de los consejos escolares en la enseñanza media aparecían como el colofón ideal de esta tendencia.

Entonces, ¿por qué ha estallado el conflicto? La situación parece haberse decantado definitivamente. El Gobierno del PSOE, último cohetazo de una larga lista de gobiernos socialdemócratas que dirigían Europa hace unos años, se ha visto obligado a girar hacia la política que hoy practican los gobiernos de derechas que sucedieron a aquellos en Europa, fruto de la lógica inexorable del funcionamiento del capitalismo a largo plazo. La crisis no entiende de cortos matices ideológicos. De esta manera, el PSOE ha venido ejerciendo de gestor de una política cada vez más reaccionaria y así ha aparecido ante los ojos de la gente. Pero, por otro lado, una nueva vanguardia política parece entrar en escena: gente cuya memoria política más lejana se sitúa no más allá del horizonte de las luchas contra la OTAN. Es la generación que sufrirá más en carne viva las barbaridades de la austeridad y la militarización. Todo esto ha configurado una población juvenil con dos características específicas en el terreno político. La primera, la ruptura activa con toda forma de política institucional. Expresión clara de esto es que los partidos de la izquierda tradicional, y especialmente en la Europa meridional los partidos eurocomunistas de tradición, que jugaron en este área un importante papel en el período 1968-1978, ya no pueden encauzar ni dirigir los nuevos movimientos juveniles como éste de los estudiantes. La otra característica, la posibilidad real de la tradición de un movimiento juvenil autónomo del resto de los movimientos sociales, cuya inexistencia se hacía notar desde hacía muchos años. Y esto debido a que hasta ahora los jóvenes se incorporaban atomizados a la política

de los diversos movimientos sociales, que eran dirigidos por luchadores de generaciones anteriores. Ahora el movimiento estudiantil parece abrir esta posibilidad frente a las situaciones endémicas de paro y atomización que prometían haberla cerrado definitivamente. Estas reflexiones nos llevan a la enseñanza media como caldo de cultivo de este renacimiento y no a la Universidad, que era de donde arrancaba nuestro análisis.

Ahora bien, ¿cómo se ha confirmado todo esto? Pensamos que hay tres signos inequívocos. El primero, que la idea del carácter defensivo de las luchas se ha cumplido en la práctica en Francia de manera evidente: los estudiantes franceses, un día después de conseguir la retirada de la ley Devaquet, autodisuelven la Asamblea Nacional de Estudiantes. En segundo lugar, la idea de que el movimiento estudiantil

era algo ya existente se cumple en la práctica en la misma eclosión de éste. Los movimientos no irrumpen en el escenario político de un día para otro, aunque lo hagan con grandes dosis de espontaneidad. En tercer lugar, los partidos de la izquierda tradicional parecen quedar definitivamente condenados a no ser parte de la dirección política de este movimiento.

Veamos a continuación cómo se han desarrollado los acontecimientos. Como decíamos antes, las condiciones objetivas no han variado en el anterior período ni en la enseñanza media ni en la Universidad. Las condiciones subjetivas tampoco han variado en la Universidad, donde no existían. Ahora bien, comienzan a variar en la media por las razones antes señaladas, por un lado, y, por otro, por la aparición de un factor catalizador, que hace unos meses faltaba en nuestras previsiones: el autodenominado Sindicato de Estudiantes ha desempeñado -habrá que reconocerlo- un papel objetivamente necesario para la reaparición de ciertos niveles de conciencia de lucha, si bien, también es verdad, la dinámica del movimiento ha demostrado desbordarlo prácticamente desde sus orígenes. Lo ha hecho cualitativa y cuantitativamente. Porque, por un lado, las luchas defensivas que caracterizan el período han demostrado pasar por encima y por delante de cualquier forma de organización tradicional. La sindicación estudiantil no parece ser para los movilizados ni el medio ni el fin de la movilización como algunos, contra toda razón, pretenden. Y, por otro lado, porque la huelga y el conflicto se gestó también al margen del Sindicato.

Pongamos a continuación al Sindicato en nuestro punto de mira. Todo parece indicar que detrás de él se encuentra un viejo proyecto de integración ideológica y política institucional. Durante el anterior período fracasó en la Universidad en varias ocasiones, impulsado por corrientes políticas reformistas y eurocomunistas diferentes del grupo Nuevo Claridad. La razón era evidente: la Universidad era el medio de generaciones unidas ideológicamente a otras luchas. En vista del fracaso, el giro consistió, al parecer, en impulsar el proyecto a través de la enseñanza media, donde el caldo de cultivo era bien distinto por razones que ya hemos explicado. Por otro lado, se trata de un modelo organizativo montado desde arriba. Los fracasos en la Universidad hacían aparecer como inviable la posibilidad de construirlo desde abajo. Así apareció el viejo error del liderismo, monstruoso vicio que tanto ha perjudicado al movimiento estudiantil en las últimas décadas. En todo caso, aunque hay sectores de jóvenes a los que este proyecto parece haberles ilusionado, cada vez son más los que ven que el Sindicato no responde a un modelo de autoorganización voluntaria y consciente de los estudiantes desde abajo. Un tercer error parece ser la basculación que el Sindicato aparenta a medio plazo hacia las tareas estrictamente «sindicales», cuando el movimiento está, sin duda, solapado con otros problemas sociales como los efectos de la austeridad sobre una población juvenil sin perspectivas laborales.

En suma, una organización de gestión de la integración estudiantil y negociación con las autoridades a medio plazo como ha quedado demostrado en las pretendidas negociaciones recientes, en las que las autoridades, una vez más, concedieron lo que de

antemano tenían pensado conceder. La culpa de todo esto, sin duda, es de la corriente que ha impulsado el proyecto. Una corriente que pretende que los viejos partidos socialdemócratas, como representantes de la clase obrera, son los únicos capaces a largo plazo de conducir a ésta al socialismo.

Un error que consiste en confundir los años 30 de la Internacional Comunista con los años 80, por un lado, y, por otro, la confusión entre un mundo anglosajón, donde la Corriente Militante ha trabajado en el seno de partidos laboristas, con el mundo meridional europeo, donde los partidos eurocomunistas secuestraron hace años buena parte de la conciencia de los trabajadores, como hemos visto. En suma, un error de 50 años y de 2.000 kilómetros.

Para acabar, echemos un vistazo al ejemplo francés. ¿Qué ha tenido de común y qué de diferente con el de aquí? Sin duda, de común ha tenido el carácter defensivo de las luchas, por supuesto en condiciones políticas diferentes; en segundo lugar, las formas diversas de organización, la coordinación para la lucha frente a un legendario sindicato bien implantado en la realidad universitaria francesa, por el momento diferente en el que se constituyó, y, en tercer lugar, el solapamiento del movimiento estudiantil con otras luchas sociales también relacionadas con la austeridad, el racismo, etcétera. Las diferencias, entonces, saltan a la vista: en Francia, la lucha toma forma de enfrentamiento contra la cohabitación y la derecha. Dicho sea de paso, no sólo la lucha estudiantil, como lo demuestra el reciente incremento de la conflictividad social en Francia. Y, en segundo lugar, el adelanto en el ritmo político-institucional del país que, por tanto, enmarca al movimiento en una perspectiva algo distinta. ¿Qué consecuencia extraer? Los franceses estaban en condiciones de hacer retroceder la ley Devaquet. Sin embargo, aquí, leyes similares han podido ser impuestas por un Gobierno socialista sin que hayan tenido una contestación inmediata y, por tanto, resulta más difícil pensar que sea posible a corto plazo echarlas abajo. El PSOE sigue apareciendo como una fuerza capaz de gestionar la situación, sobre todo si pensamos que salió fortalecido del referéndum de la OTAN y de las últimas elecciones generales, en una situación de «crisis de reconversión» de la derecha española. A pesar de estas diferencias parece saludable que el movimiento estudiantil siga en la línea que tiene, porque igual que en Francia, más tarde o más temprano, tendrá que conseguir alguna derrota táctica del oponente. El método parece claro. No hace falta que se lo digamos a los estudiantes. La construcción, desde abajo, de un movimiento realmente autónomo, asambleario y democrático.